

Evocación del poeta Marquina

Por la Srta. Luisa Revuelta y Revuelta, Catedrático
de Literatura del Instituto de Córdoba.

Estas pobres cuartillas mías vienen a cumplir una misión alta y honrosa, como es la de rendir fervoroso homenaje a la memoria del gran poeta y dramaturgo español Eduardo Marquina, cuando el dolor producido por su fallecimiento está todavía vivo en el corazón de las letras españolas, porque de su acusada personalidad aún esperábamos nuevas obras en las que su arte continuara superando su historial artístico, al acoger e inmortalizar estados de alma, embates humanos, que cada época o cada momento histórico señala como principal motivo de contemplación a los hombres artistas, para que con su aliento creador lo resuelvan en obras que ofrezcan a la consideración del público en un amplio y generoso afán de iluminar las mentes y los corazones.

Eduardo Marquina se ha incorporado a la inmortalidad. Su rica vena poética, torrente limpio y potente que ha reflejado los ámbitos de nuestra patria y ha recogido amplios motivos universales, inundó el ambiente español como torrente bienhechor desde los albores del siglo XX, y alimentó su rica vena nuestras ideas y nuestros propios modos de ser, viniendo a fundirse en la corriente de vida compleja y abundante en creaciones, que es el periodo de nuestra literatura que abarca desde principios del siglo hasta el momento presente. Ella, consciente o inconscientemente, se ha incorporado a nuestra vida, la ha saturado de ideas y sentimientos que constituyen a través de esos años como un trozo de la conciencia histórica de la nuestra.

Las letras españolas han recibido su fecundo riego, y al pasar el torrente limpio y claro de su poesía e ir «a parar a la mar, que es el morir», hemos visto florecido el cauce, los linderos y horizontes que se asomaron a contemplar la gracia de su paso; y toda ella ha recibido su benéfico influjo y ha dejado hondo surco en la producción nacional de la época, especialmente en la lírica y en el teatro.

Por estas mismas razones, por hallarse tan cerca de nosotros, porque sus ideas y modalidades se han incorporado a nuestras vidas y han influido, y quedan como el sedimento de nuestra formación

cultural, constituyendo como algo de nuestro propio ser espiritual, me juzgo cohibida para hacer una evocación acertada donde la perspectiva lejana del tiempo hubiera podido iluminar con mayor eficacia la serenidad de esta evocación.

Recuerdo en la ocasión que pude ver a Marquina, cuando su fama estaba plenamente consagrada y su popularidad de poeta, contaba varios lustros de arraigo. Le conocí con el fervor que se siente por los que nos han proporcionado los mejores regalos del espíritu. Era de estatura mediana, aspecto sencillo y cuidaba a la vez el rostro, amable en su conjunto, destacábase en él su noble frente, y sus ojos escrutadores y bondadosos traslucían por su claridad azulada un alma dulce e infantil.

Entonces me infundió, el respeto del maestro que ha ganado alturas inmarcesibles, y yo, conocedora de su obra hubiese considerado una osadía emitir un juicio decidido de ella.

Ha transcurrido el tiempo y he aquí que me erijo, por razones de mi cargo, en la evocadora de su obra en el momento solemne de su muerte, en una ciudad de la «perenne y varia Andalucía» como la nombró el poeta en sus «Tres libros de España», a mi juicio con gran certeza en las variedades de sus provincias —«pico de ave de Cádiz bebiendo en la bahía,—Córdoba desdeñosa, Granada riente,—callada Huelva, rosada Almería—Sevilla franca, Málaga bravía—y Jaén recoleto y ardiente—¡Cuando España incolora desfallezca y sucumba—dale a beber tu sangre en tu mano!—Cuando Europa no exista, en su tumba—¡levanta y haz vibrar tu estandarte africanol»

Un personaje creado por Marquina, el italiano Marco Fontis, de su novela «Almas anónimas» encuentra un sentido a la vida precisamente durante su estancia en Córdoba, al contemplar el paso de niños y mujeres con flores prendidas en su pelo, en la fuente del Patio de los Naranjos. Se recobra este personaje de una pasión insaciable de dominio que ha encendido sus entrañas y las de la sociedad en que vive «volatilizando su fervor humano». Y añade Marquina: «¿No conocéis a Córdoba?... No sabéis lo que es ausencia de fiebre, beatitud civil, encantamiento, áureo reposo, leyenda amortiguada de ciudad». Y dice su personaje Marco Fontis «¿Qué tienes España en tus gongorismos de reposadamente sóbrio y natural que das enseguida el sentido de lo justo, de lo medido y de lo verdadero?»

Amparándome en este sentido de lo justo, de lo medido y de lo verdadero que presta Córdoba, quisiera evocar al gran poeta que tan profundamente caló las variedades de España.

Cuando nace Eduardo Marquina, el 21 de enero de 1879, en Barcelona, el panorama de las letras españolas muestra una completa vitalidad, en todos los aspectos de su labor: entremezclados como los estratos de diferentes edades están representadas diversas tendencias artísticas en la novela y en el teatro especialmente; mientras la lírica presenta cierta tendencia al prosaísmo. Unas tendencias artísticas vienen con una larga vida de arraigo, otras de historial más reciente son la novedad que se discute.

¿Qué signo o tendencia poética arraigaría en esta alma que nace a la contemplación del mundo dotada de exquisita sensibilidad?

En su niñez se inicia un resurgimiento de la lírica, la columna más débil, en aquellos momentos, del pórtico literario español.

Tiene 10 años Marquina, cuando Ruben Darío publica su libro «Azul» que es el heraldo de una era de creación originalísima en la lírica de habla española, conocida y mal denominada modernismo.

No hubiera sido difícil preveer, que unos diez años más tarde, en 1900, las *Odas* y poco después su poema *Vendimión* obra de nuestro poeta, hubiera asimilado ciertos aspectos del modernismo; pero asimiló el mejor de todos ellos, la originalidad, el deseo de creación poética, que afirma la elevación de la lírica de aquel periodo que se manifestó capaz de dar señal de vida del genio creador de nuestra patria.

En una revisión de su obra literaria nuestro autor al recorrer la línea evolutiva de su arte, con visión histórica afirma: «todos partimos de nuestro tiempo y hemos de sacudir su cautiverio para entrar en la eternidad mediante el esfuerzo diario». He aquí condensado en breves palabras la vida literaria de Marquina, digno de ser ejemplo para cuantos anhelan la perfección de su trabajo, pero con más amplia trascendencia para cuantos viven en contacto con el público.

Glosemos estas aleccionadoras palabras: «Todos partimos de nuestro tiempo». El tiempo literario de Eduardo Marquina, es el de la generación del 98, no en el sentido estrecho e incomprensible que le ha querido atribuir alguno de sus componentes, sino considerado en un conjunto sintético más amplio, sucesiva oleada de artistas que forman una generación, que puede darse por completada, al menos, cada 30 años.

En este sentido Marquina puede considerarse unido al subgrupo del 98, llamado grupo modernista del que forman parte Manuel Machado, Villaespesa, Benavente y Valle Inclán, entre otros, cada uno con distinta personalidad, pero como dice Gerardo Diego: «coinciden

en la novedad estilística creadora, en su cosmopolitismo afrancesado, en su renovación de la métrica, del léxico poético, en su contacto y ósmosis americano española, en la creación de una prosa musical, sensual, bella, rica de sensación y colorido, en la vuelta a los primitivos, el trato con artistas plásticos, la asimilación de las escuelas europeas de fin de siglo, el culto de lo precioso y del lujo, y en suma, una estetización de la materia literaria».

«Todos partimos de nuestro tiempo y hemos de sacudir el cautiverio para entrar en la eternidad mediante el esfuerzo diario», y así lo hace Marquina; su alma, sus ideas, sus sentimientos, estimulado por los aciertos del arte modernista, comienzan su creación encuadrados en las líneas generales de esta estética de su tiempo, pero las sacudidas para librarse de su cautiverio y dar pasos diarios para entrar en la eternidad, lo alcanzó indudablemente, desentrañando su fuerte personalidad que en la historia de la literatura queda plenamente destacada sin que se le pueda considerar satélite de ningún astro mayor, sino sol con propia luz. Porque consiguió develar las riquezas eternas del alma en un esfuerzo diario para ahogar los cantos de sirena, que las modas artísticas, consecuencia de estados o convulsiones sociales, arrastran, entrelazado con lo más noble, lo más deleznable.

Para distinguir la pura vena de oro poético de los oropeles que pueden ofuscar en todo momento; para lanzarse decidido a la creación original sin caer en fáciles engaños con apariencia de originalidades que dan en la extravagancia, contaba Marquina con una formación juvenil humanística, aprendida en el comercio de sus primeros maestros, en el colegio de Padres Jesuitas que frecuentó en Barcelona; en la lectura de los clásicos aprendió la robustez del decir, la amplitud y vigor en la contemplación del universo, la serenidad de su poesía lírica; su gesto amplio, robusto, que le ayudó a desprenderse de preciosismos y snobismo de ambientes decadentes tan en moda en el mundo refinado francés; y el sentido hondo de la Naturaleza.

De familia aragonesa, moldeado en el levante catalán, este sedimento penetra como uno de sus variados aspectos en su obra poética.

Y así juzgó, contemplada, la tierra que le vio nacer, cuando el tiempo pudo prestarle perspectivas firmes, y las largas ausencias de la patria delineaban a su vuelta más nítida su imagen. Así nos la describe:

Cataluña gentil de prosapia latina
el olivo y la vid y los agros cuidados
son tus ropas de fiesta; hay no sé que genuina
bulla de agora griega en tus mercados.

Haces de esfuerzos ligereza,
y de hábitos novedad,
pulpa blanda de fruta, tienes en la corteza
un agraz de rusticidad.

Cataluña esencial, y sustancial y honda
cabe entera en tu mano la cosecha presente
pero de tus pinares salpican la fronda
indefinibles oros de palmeras de Oriente.

(De «Los tres libros de España»)

Recordemos que sus primeros libros de poesías «Odas» y «Las Vendimias» tienen una limpia y serena belleza que Valera, tan fino gustador del arte puro, alabó con entusiasmo, poco corriente en el crítico, la aparición de estas poesías, cuyo autor desconocido para gran parte del público no había salido de recintos provincianos o amigos.

A pesar de sus frecuentes estancias en París durante los meses invernales, conservó siempre, según el mismo ha expresado, tomaremos sus palabras «el amor de la vida familiar, el sentido catalán—dice Marquina—de la casa y sus muebles».

Marquina, hombre sincero, supo serlo consigo mismo dando paso a su honda personalidad fundada en el trabajo, la paz y el amor.

Así lo cantó en su exaltación a San Francisco de Asís en su centenario:

Paz, Amor y Trabajo, triple escala
que mide y fija los tres golpes de ala
de cuanto el hombre puede hacer;
la Paz, para contemplar;
el Amor, para comprender;
el Trabajo, para crear.

Esta posición de Marquina ante su labor poética de auténtica creación, de sinceridad profesional, juntamente con ese «cierto agraz de misticidad» que el mismo poeta halla entremezclada «en la pulpa blanda, de la corteza de su Cataluña» es la que ha provocado el juicio sobre la factura de sus versos, que unido a la enumeración de sus grandes cualidades poéticas, emite Gerardo Diego encontrando su «ritmo rico pero puro»; y que el excelente crítico Nicolás González



Ruiz, entre la ponderación de la riqueza de sus imágenes, su robustez, su denso contenido ideológico, aprecie su verso «tallado un poco bruscamente».

Esta aparente dureza o brusquedad la recoge Marquina de un ambiente que está en su propia entraña nativa; buscado por el autor para evitar ese ritmo amable del verso que priva en cada época y que por su mismo halago, cuando termina el entusiasmo máximo de su momento histórico, suele hastiar, o nos convida a juzgarlo sometido a límites del tiempo en que se ha producido.

Por el contrario sus versos tienden a buscar un ritmo que se incorpore a esa eternidad a que aspira, conservar ese cierto agraz de las cosas primitivas y eternas, reflejo de la vida contemplada por el poeta en el decurso de su vida, de la que se extrae con dolor la esencia poética.

Recordemos sus versos del Vendimión doméstico:

Si no fueras obra de mis manos
 casa mía, toda tan viviente,
 impregnada de hábitos humanos
 y corona fúlgida tu frente:
 Si la vida toda no pasara
 por la criba recia de tu arnero:
 si cernida luego no manara
 polvo de oro sobre el mundo entero,
 casa mía yo no te escogiera
 hoy que canto para mis cantares;
 que no rima con mi musa fiera
 la ceniza gris de los hogares.

Por esto, en sus versos abundantes con ritmos variados, carentes de fácil musicalidad, se gusta, entremezclados con otras cualidades, el recuerdo de los primitivos acentos de los idiomas en época de pujante y religiosa inspiración.

Más aparte lo externo del verso, Marquina nos dice cuál es la misión del poeta, «tal vez logre comunicaros mis fervores,—dice, o, tal vez lo que es propio del verso sugerir—un deseo a las almas, de horizontes mayores—donde amar y luchar y esperar y vivir.

Su camino no fué fácil para rechazar ese cautiverio de influencias que acosan al hombre en su época, porque como dice Marquina, encuentran eco en nosotros mismos y nos halagan a despecho de nuestra razón que se muestra a veces dormida en esta lucha.

Y así recuerda nuestro poeta que —entre el comed del árbol y tomad mi cruz se prolonga la trabajosa trayectoria—dice—del primer cuarto de mi obra, desde el «Pastor» y «Odas» hasta la grave hora de la meditación en la selva oscura.

«Con la ayuda de Dios,—continúa Marquina—y gracias a la sinceridad de mi constante, aunque ciego afán, aquí piso terreno más firme y siquiera el proyecto de un camino,—dice modestamente—se abre a mis ojos. Es cuando escribe en 1908 en la primera página de «Las hijas del Cid», estas palabras: «a la nueva vida de los héroes muertos con amor y dolor, para conmoción y salud de la vieja Castilla y a la intención de la patria futura dedico este canto». Es también cuando en la portada de «Las canciones del momento» dice a su hijo: «Sobre la cuna de tablas antiguas—que me serán sepultura si miento—hijo nacido en las noches ambiguas de la derrota y del vencimiento—por estas fiebres que tú me apaciguas—te quiero hacer el fatal juramento.—Tú, que obrarás con tus manos tu suerte; tú que ya recio te plantas al verte—bajo aquel arco triunfal de la plaza—¡maldíceme si llego a la muerte—sin entonar un canto de raza!

Y es cuando canta en «Tierras de España», en 1912, este poema dedicado a la Virgen de Roncesvalles como una confesión de fe, puesto que

es dulce en este infecundo
frío de los corazones
pensar en las protecciones
que están mas allá del mundo.

Todo esto constituye como el mismo poeta afirma en una mirada retrospectiva de su obra fechada en 28 de Abril del 44; constituyen estos tres gritos: España en cuerpo y alma y amor a su divina madre; los tres, después de la selva oscura, «confluían en una recta de salvación» y añade: «Y aunque no sin que a veces el polvo del tiempo volviera a ensuciar mis sandalias, puedo jurar que desde entonces treinta años largos de poesía y trabajo no me han visto apartarme a sabiendas del que creía buen sendero».

Su alma de poeta abarca en su lírica un mundo amplio, universal y español a la vez, humano con calidades propias de su raza.

Su enorme corazón de poeta latió con amor en el concierto del mundo desde sus primeros tiempos líricos, por más abundancia de corazón, dice Marquina, sin que la producción dramática posterior y la fama que envolvía sus producciones teatrales le hiciesen abando-

nar su creación lírica, al contrario, en los últimos años que precedieron a su muerte se manifiesta con bellísimos versos de sentido aire popular de sus «Tres libros de España» apoyados en los tres pilares de su musa poética.

Para la mayor eficacia de la comprensión de su obra, es interesante recordar las consideraciones que dió a conocer sobre el poeta y la creación poética. «Al poeta le caracteriza tanto sus ideas y sus palabras, su doctrina o su estilo,—dice Marquina—como su capacidad emocional, el pathos, por el que caldeándose, pasa de lo informe y puramente psíquico a la idea que lo define, y de esta a la palabra que lo expresa y revela».

«El poeta es el hombre que sin detenerse en un proceso lógico *sabe siempre qué pensar*; y sin necesidad de recurrir a leyes biológicas del lenguaje, *encuentra si es preciso, crea infaliblemente las palabras*». Estas declaraciones del poeta explican perfectamente su huida de esteticismos fríos, que el modernismo había acogido en su seno por manos de algunos poetas más o menos dotados para una actuación lírica, que dieron por resultado un desequilibrio entre ideas, contenido y forma que *apena* reconocer en obras que pudieran ser más que *solamente bellas*; y porque mis modestas palabras puedan encontrar mejor expresión me acojo a nuestro poeta cuando ponía con intención más universal que la apariencia episódica del verso *ésta*s para interpretar el aleccionamiento del Santo de Asís a sus discípulos «no olviden vuestras bocas—que habláis a gentes de todas las castas:— sea breve el discurso, y las palabras *pocas*—, *pensadas y castas*.—*Pocas*, que en siendo más, a duras penas—os podrían salir del corazón; *pensadas*, que las cierna la razón—y dejándose allí pozo y arena, tomen virtud de comunicación,—y finalmente *¡castas!* Nada ansíen para ellas, ni el aplauso trivial ni el elogio grasiento, —ni el lascivo regusto de publicarse bellas:—castas, de luz prestada como las estrellas;—hijas del pensamiento, siervas del sentimiento...».

Veamos como el acto de la creación poética lo define Marquina como «un puro proceso de amor», «son fruto de un *pathos* emocional que embebe y agita el alma del poeta poniéndole en trance de superación de sí mismo, inserto en la onda de la energía universal que hace a los árboles florecer y rodar a los astros». «Un nexo inefable de convivencia se establece entre el poeta, la naturaleza y la humanidad. Cantan unos en otros. Dios parece mostrarse».

El teatro poético aparece en Francia y arraiga definitivamente con los triunfos de Rostand, especialmente de su *Cyrano de Bergerac* en 1898. Con esta tendencia alternaban en el ambiente dramático las derivaciones de teatro de Angier, comedia moral, el drama de Dumas hijo, la comedia naturalista, el drama psicológico, y también cierta modalidad de drama simbólico cuyo punto inicial es Ibsen; y que desemboca en el modernismo; así como la comedia amoral del teatro libre. Este ambiente tiene un influjo en España. Y en Cataluña aparece un grupo de dramaturgos de importancia, pero en especial Jacinto Grau, gran realizador del teatro poético, de indiscutible mérito, que ha pasado un poco inadvertido para el resto del ambiente español. Grau es dos años más joven que Marquina y desenvuelve su dramaturgia poética con temas legendarios o tradicionales.

Es natural que el alma lírica y épica que informaba a Marquina buscara desembocar en un drama, en el que las altas calidades poéticas se erigieran en las directrices de su arte.

La línea de su historia teatral que inicia su primer poema dramático «El Pastor», estrenado en 1902, es muy varia y compleja, puesto que aparte rectificaciones en estos primeros tanteos juveniles en que se destaca ya el vigor del poeta dramático, de fuerte inspiración, el ansia de perfección de Marquina es grande, y elige asuntos de índole muy diversa, con ese gesto amplio y universal que le caracteriza y del que participa también su obra lírica.

No podemos condensar en un grupo uniforme el conjunto de sus dramas históricos y legendarios. La historia o la leyenda puede presentar muy distintos enfoques desde el punto de vista teatral. Por ello, nos dice Marquina, «yo veía un teatro práctico en el sentido de creación poética». No copia de la llamada realidad, ni mucho menos reconstitución histórica», y con este sentido ha de juzgarse su obra.

Desde su primera elaboración dramática, hasta su primer gran triunfo, «Las hijas del Cid», el rico valor humano de su obra y a la vez la influencia del momento en su exaltación del culto a lo bello con «Benvenuto Cellini», dedicado a Benlliure (recordemos como característica de los poetas de este período su trato con artistas plásticos) y cierta tendencia ligeramente simbolista o excesiva vaguedad poética de algunos de sus personajes, como el del Pastor, obra que citamos como germen de futuros aciertos.

A partir de «Las hijas del Cid» dice Marquina, el teatro era la principal de sus actividades, casi su profesión.

Para llegar a este triunfo había escrito numerosas obras dramáti-

cas sin ánimo de que hubiéranse nunca de representar, y con este disciplinado ejercicio alcanza una posición envidiable en nuestro teatro y mantiene una modalidad que gracias a su constante aliento tuvo seguidores.

En acto de homenaje que se celebró en el Teatro Español de Madrid, en el año 31, con motivo de la representación de «Fuente escondida», recordaban los ilustres hermanos Quintero, en sentidas palabras de adhesión a su obra, que siempre que de España se habla en el mundo con elogio, ha de citarse entre los motivos que mueven a mayor admiración, su teatro del siglo de oro; en él, nuestros poetas de aquella edad acertaron a reflejar como en un mágico espejo, el de la poesía, cuantos tipos humanos desde el noble al vilano, del soldado victorioso al mendigo o al tahir; el palacio o la calleja, la justicia, el heroísmo, el honor o el cautiverio, y que este teatro poético habíase continuado hasta el esplendor del período romántico, salvo las limitaciones del siglo XVIII.

Desde entonces había quedado carente de gracia poética, aquél género cultivado con tanto esmero; fué Eduardo Marquina «el que alentó de nuevo la gran hoguera, el que hizo el milagro de caldear el arte escénico y de estimular el cultivo de este teatro» con rumbo y orientación nueva, pero que no deja de ser «una florida rama del nacional tronco secular».

Sin él muchos de los cultivadores del teatro poético, los hermanos Machado entre otros, dotados de suficiente inspiración para realizarlo, no lo hubieran emprendido jamás.

El teatro poético de Marquina ilena nuestra escena durante todo el presente siglo y cumple una misión de arte de la mejor calidad y trascendencia.

Menos perfecta que «Las hijas del Cid» pero de mayor fuerza dramática y poético presente «En Flandes se ha puesto el sol», obra por la que Marquina llega a todos los sectores del público, por esta obra es poeta popular, por ella más que ninguna otra le acerca a la posición que alcanzaron los dramaturgos del siglo de oro, por lo que tiene de fusión entre el alma del poeta y del pueblo, salvo las diferencias profundas que en poeta y público se ha operado y sin que esto quiera decir que Marquina tratara nunca de imitar la modalidad de nuestros clásicos.

Tiene esta obra una elocuencia y persuasión dramática que cautiva y arrastra, porque refleja una fuerza de vigor de la raza que ha sabido expresar con el ímpetu poético de su juventud.

Su asunto es obra dormida en la subconciencia del autor. Así comenta Marquina, a propósito de esta obra «que lo que ha dormido años en nosotros y puede decirse que forma parte de nuestro espíritu, como es el caso en cuanto al fondo hispánico tradicional de «En Flandes se ha puesto el sol», es capaz de transformarse en poco tiempo en una obra dramática.

Pueden formar grupo, aunque su producción pertenezca a periodos muy diversos, juntamente con la obra citada «La monja Teodora» leyenda dramática de la juventud del poeta, en la que según nos indica, las picas se le volvieron lanzas, ya que los personajes sumisos al principio, a su aliento poético adquieren mayoría de edad y tiranizan al autor hasta hacerle demostrar lo contrario de lo que se había propuesto.

Con ella, por su fondo legendario, y las cualidades de sus personajes, liga el poeta a la bellísima pieza dramática «Por los pecados del rey» y «El cuento de una boda» en una y otra logra cuadros de un verismo de ambiente tan vivo y real dentro de su tono poético, que impresionan fuertemente con el vigor de una novela cervantina. Por distintos caminos puede llegarse a iguales efectos. Basta el recuerdo del acto 1.º de «Por los pecados del Rey».

Por su ambiente de brujería y hechizos, se agrupan alrededor de «Cuento de boda», el drama «Rincón de Montaña» compuesto en 1905, que adquiere su desenvolvimiento más reflexivo en el «Retablo de Agrellano» de las obras más sentidas y trabajadas por el autor, donde las fuerzas del mal, el Diablo, sentido por estas almas ofuscadas se erige en protagonista. Marquina ha estudiado profundamente este tema, ya desaparecido de la sociedad, pero cuyos restos han dejado huella en rincones olvidados de nuestra patria.

Otro grupo está constituido por aquellas obras de ambiente de trovadores y juglares. Es tema que en Cataluña con su íntima relación histórica con la Provenza trovadoresca, sentía profundamente el poeta.

La obra de Milá y Fontanals debió ser la fuente donde apreció magníficamente el ambiente de los siglos medievales. Aquí siguió la fórmula del buen dramaturgo, llevó un proceso de larga germinación en su espíritu, y con la elocuencia del que ha vivido un mundo en pasadas edades, las vertió acertado de ambiente y situación en «El último día» y en «El Rey trovador» de acierto dramático y belleza trágica.

El grupo de sus dramas históricos y legendarios ha llenado con

aciertos más o menos completos una gran parte de su teatro, la noble y recia figura de «Doña María la Brava» puede unirse con la «Doña Isabel la Católica» (aunque menos firme éste personaje) de «Las flores de Aragón» y de «El Gran Capitán»; esta última leyenda de amor caballeresco, cuyo móvil es la interpretación, en las altas regiones de la poesía, de la devoción leal y comprensiva compartida entre el caballero y la gran reina, dándole visos de realidad poética: sentimiento casi místico, que se constituye, según frase de Marquina en la clave del alma de Gonzalo de Córdoba, en el drama poético.

Porque «este carácter de pasión y austeridad tan cordobés»—, dice nuestro autor, «pudo efectivamente levantarse a las alturas del sentimiento que le atribuimos», porque nuestro poeta entiende que por el hecho de serlo, en el momento de su inspiración, es un poco adivino, vate por esto se le ha llamado.

Y ya en otro aspecto vario y distinto, el poeta continúa siéndolo, en obras en prosa, en las que embebe alientos humanos de hoy y de siempre, fuera de la leyenda y de la historia, como en la bellísima comedia «Cuando florezcan los rosales», con la que nos sorprende en 1912 para continuar con más acierto su teatro en verso.

Temeroso de caer en un amaneramiento del verso, abandona por un periodo más largo su cultivo. Es cuando aparecen entre los años 16 a 21, «Don Diego de Noche», «Alimaña», magnífica obra de distinta orientación, y «La Extraña», para volver a su verso con mayor perfección, donde el tema humano, buscando en su aspecto de vida trascendente, domina, y por tanto lo religioso huella las acciones o es expresado claramente en el desenvolvimiento del drama.

Así «El pobrecito carpintero», cuya factura literaria es de las más logradas y maduras del autor, cuyo diálogo dramático está conducido con graciosa flexibilidad y maestría.

Y juntamente evoquemos, su noble deseo de leyenda medieval con «El monje blanco» y su «Teresa de Jesús» la obra más querida del autor, por haber profundizado en el conocimiento de esta figura femenina desde sus años juveniles, y esta línea ascendente pasando por «La Santa Hermandad» plena de aciertos escénicos, nos conduce a «María la Viuda», drama tan clavado en el espíritu español y tan universal a la vez, que hallamos sus raíces en la milenaria India, la tierra del misticismo y de la poesía, una de cuyas flores a través de pueblos y siglos, lanzó sus semillas en tierra española, y aquí arraigada y sometida a nueva savia, por nuestros poetas fué cultivada du-

rante muchas generaciones hasta llegar a manos de Marquina que al soplo de su inspiración, vestida la dejó de su hermosura poética.

Y tantas otras bellísimas floraciones y almas de mujer de temple rudo o fuerte como en «La Ermita, la fuente y el río» y «Fuente escondida»; su medieval «Estudiante endiablado», de eternas trascendencias luminosas, hasta «El Galeón y la nave», el último estreno de Marquina y aún veremos obras póstumas de sus diversas actividades como esa «Serenata española» que el director cinematográfico Juan de Orduña presenta en este año, donde la fusión de la española música de Albéniz y el poeta hispánico que fué Marquina, despierten en nuestra alma ecos dormidos, ansias de renovación y creación, es decir, superación, siempre latente en pueblos como el nuestro.

